

CARMEN S. CARABALLO



DEL ARTE DE ESCRIBIR
AL GOCE DE LEER



PRIMER MOVIMIENTO

ADAGIO

En lenguaje musical, lenta velocidad en la ejecución



Soy escritora.

Sí, lo soy.

ES-CRI-TO-RA.

Una palabra polisílaba de nueve letras cuya pronunciación tarda exactamente un nanosegundo en realizarse, a no ser, claro está, que quien la vocalice mantenga un polvorón en el interior de la boca o bien, sea un infante aprendiendo a balbucear y le suponga ardua tarea para sus novatas cuerdas vocales.

A mí, sin embargo, me suena a música celestial. ¡Tal cual!

Música interpretada por un coro de serafines, arcángeles y querubines acompañados de cítaras, liras y pífanos en un conjunto perfectamente armónico, como no podía ser de otra forma tratándose de intérpretes procedentes de una sala de conciertos tan perfecta. Una afinación lograda más allá de las habilidades humanas.

Todavía en ocasiones, cuando me presentan en algún lugar ante un grupo de personas aludiendo a mi calidad de escritora, al mismo tiempo que se instala en mis labios una amplia sonrisa, no puedo evitar que mi cabeza gire hacia atrás buscando a la persona a quien vaya dirigido el calificativo. Mi cerebelo, tardo y lento, no ha terminado de asumir del todo que me dedico a escribir, que la escritura se ha

convertido sin yo pretenderlo de antemano en el eje alrededor del cual una nueva y sorprendente vida gira de forma acelerada desde hace apenas un lustro.

Ya era hora, por cierto.

Pese a que reflejar por escrito mis sensaciones ha sido una realidad constante desde el minuto uno de mi existencia; bueno, o del minuto siete, para no ser tildada de exagerada. En cualquier caso, despertó bien temprano dentro de mí.

Todavía conservo agendas y pequeños cuadernos en los que con una caligrafía muy próxima a los elementales palotes ya escribía poesía o relatos contando con apenas cinco o seis años, escritos que como tantos otros acabaron en el fondo del pozo del olvido.

Ese agujero negro bien dispuesto a tragar por su ancha y profunda boca todo aquello a lo que no sabemos encontrarle su ubicación correspondiente. El cajón de sastre al que iban a parar los retales sobrantes de los que se dedicaban a la profesión de la costura sin saber ni cuándo iban a ser utilizados ni para qué.

He sido, por lo tanto, lo que se puede denominar una escritora de cajón o para el cajón, ya que este ha sido mi silente y más fiel lector, todo lo ha aceptado sin replicar. Agradecido y, aunque mudo, un vigía confidencial y disciplinado en la tarea de custodia encomendada.

Mi llegada a este mágico mundo de la escritura ha sido postergada, demorada, retrasada, aplazada, y en definitiva pospuesta a causa de mi terquedad y temor a enfrentarme a

mí misma. No he hecho sino negar durante años lo que era más que una evidencia para muchas personas que me conocían y confiaban en mis capacidades; pero con toda paciencia la literatura aguardaba a que volviera la cabeza y sobre todo el bolígrafo, léase portátil, hacia ella.

Y al fin, los frutos ya maduros, madurísimos, cayeron de las ramas esparciendo su pulpa a modo de abono sobre la tierra, algunos con picaduras de pájaros incluidas.

Estaba predestinada.

Huir del destino es intento inútil; nuestro libre albedrío tiene por supuesto algo que decir, aunque su voz sea numerosas veces apenas audible, casi afónica. Esto que acabo de comentar es una contradicción en sí misma, soy consciente de ello; y sin embargo creo firmemente en que es posible lidiar con la inevitabilidad a la que ese destino nos arrastra, y al tiempo tomar decisiones basadas en nuestra libérrima voluntad. Un pulso entre el poder de la voluntad controlada por nosotros mismos y el errático vuelo de una hoja arrancada de su rama por un viento tirano y sometida a su arbitrio.

Ambos conceptos mantienen en la vida una lucha permanente con los seres humanos como espectadores del partido de tenis: ahora giro la cabeza a la derecha, ahora a la izquierda, vuelta a la derecha y nuevamente hacia la izquierda...

La balanza se mantiene en desequilibrio constante, pero ¡qué le vamos a hacer! Es la base de nuestra frágil mortalidad. El libre albedrío contra la fatalidad, un combate de

desconocido resultado, pero en el que es inevitable arremangarse y entrar en el ring.

Hay que asumir que pasaremos del ojo morado a ceñirnos el cinturón de campeones, y viceversa.

¿Qué más se puede añadir al concepto del hado? Terrible fuerza infinita y poderosa con la que más vale llevarse bien.

Durante una entrevista realizada al gran Antonio Gala (1930/2023), el periodista le preguntó cómo se llega a ser escritor. Sin dudar ni un instante él respondió que se nací escritor para gloria e incluso a veces desgracia del futuro creador —ya que puede llegar a pesar tamaña responsabilidad o, como me sucedió a mí, provocar un sentimiento de rebeldía hacia el don con el que hemos nacido, y que va bien pegadito al ADN, nos guste o no nos guste—, al igual que se tiene el cabello moreno o rubio o se es alto o bajo.

Después, con el tiempo, el escritor va puliendo, perfeccionando y depurando el propio estilo; pero la capacidad para escribir, no me cabe duda alguna a mí tampoco, viene sobrevenida por el nacimiento en sí.

Es más, estoy segura en mi caso, de que no vine al mundo con un pan debajo del brazo como parece ser de rigor. A la esforzada cigüeña, con calambres en las alas provocados por el peso, le debió resultar un alivio soltar el paquetito que pesaba un quintal y no precisamente porque la niña, o sea yo, tuviera un tamaño fuera de lo normal, sino porque nací con un libro bajo el brazo. Y a pesar

de que no hay crónicas que así lo demuestren, ni documento fotográfico alguno, podéis confiar en mi palabra.

Y, dada mi facilidad para las contracturas, el librito en cuestión debió de tratarse del volumen de una enciclopedia que asomaba bajo mi bracito de bebé como un dinosaurio en una llana pradera.

Sin embargo, nunca habría llegado a escribir ni un par de líneas coherentes sin un hecho indisolublemente unido a la escritura: LA LECTURA.

Desde el instante mismo en el que mi padre, a los tres años, me enseñó a leer, se abrió una puerta que aún hoy continúa completamente desplegada, y con un tráfico similar a la operación salida de vacaciones los primeros días de agosto.

Los libros me rodean desde la infancia, han supuesto una muralla protectora tras la que protegida y amparada he ido —y aún hoy continuo— descubriendo el mundo paso a paso en su prácticamente inabarcable dimensión.

La unión de las letras para formar palabras, convertirse estas en frases, párrafos y capítulos, y ser esta simbiosis portadora de mensajes y de ideas, me fascinó y enganchó como las moscas a la miel. Leer no era un juego ni una forma de entretenimiento más; se convirtió en algo connatural al hecho de respirar, y tan imprescindible como evidentemente suele ser para poder seguir vivos que el aire fresco entre en los pulmones.

Fui una niña pegada a un libro o un libro pegado a una niña ¡propiedad conmutativa!

Rodeada de libros, como he comentado, era, soy y espero que lo sea en el futuro, plenamente feliz; jamás han dejado de ser mis compañeros en este viaje que denominamos vida del que desconocemos su duración, los parajes que encontraremos y las paradas que nos aguardan. Incluso ignoramos si nos desplazaremos por los vericuetos que nos aguardan en limusina, deportivo, transporte público o sobre las plantas de los pies descalzos.

Gracias a los libros, a sus creadores, he aprendido más de mí misma; me han guiado en la bonanza y en la desventura, en el tiempo de dar y en el de tomar, se convirtieron en muletas en períodos de cambio y estrellas de luz cuando ha tocado caminar entre tinieblas y sin tan siquiera una linterna en la mano. No hacía falta alguna.

Me han enseñado acerca del amor y de los diferentes rostros de la naturaleza humana, un aula inagotable que siempre ha sabido calmar mi sed de conocimientos.

Sigo conservando la misma ilusión de las primeras veces antes de comenzar una lectura. Acaricio la portada, huelo el papel y me felicito a mí misma por el tiempo que me aguarda desde el instante en el que abro esa caja mágica que me facilita el umbral de entrada a otras circunstancias, comportamientos y caracteres.

En aquel momento no lo sabía, era demasiado pronto todavía, pero con los años he hecho mío un pensamiento de Jorge Luis Borges (1899/1986): «Que otros se

jacten de las páginas que han escrito; a mí me enorgullecen las que he leído».

Y he seguido al pie de la letra las ideas que refleja mi admirado poeta Mario Benedetti (1920/2009) en su autobiografía: «Me siento cómodo entre tantas hojas con adverbios que son revelaciones, sílabas que me piden socorro, adjetivos que parecen juguetes. Quiero quedarme en medio de los libros, en ellos he aprendido a dar mis pasos».

En mi primer libro, *El jardín de las hortensias*, se incluye un texto titulado «La lectura», en el que ofrezco mi rendido homenaje a esa intensa emoción que me embarga al leer:

Unas tras otra, soldaditos de plomo con disciplina marcial, las palabras ocupan su lugar en la página que pierde su blanco virgen.

Nacen inseguras, a prueba. Unas avanzarán solitarias, otras de dos en dos; formarán grupos.

Un corro solidario de niños en el parque.

La pequeña tropa conoce su misión; a veces dócil a su creador, otras insumisas con pulso propio.

Se saben símbolos de pasión, de temor, de heridas que supuran, de anhelos, de rumor a besos...

Voces más allá del olvido, costas abruptas que quiebran los barcos.

Escribir es proyectar la voz que se ahoga dentro, puños que golpean envueltos en terciopelo.

Es tranquilizar al corazón para que no se vuelva loco.

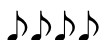
*Un libro es un milagro cuya raíz se vuelve sangre nómada
en impulso directo a unos dedos que lo mimen.*

*La lectura es el acto humilde de la inteligencia, el arte de la
reflexión madura.*

*Ese empujón vital que nos ayuda a cuidar la parte más
torpe de nuestra humanidad.*

*Sin ella la ceguera ocultaría los peldaños que conducen al
conocimiento de la verdad.*

*De esa verdad, fortaleza de ideas y principios, que nada ni
nadie será capaz de arrebatarnos jamás.*



De este modo no puedo recordar, porque además es más que probable que no exista, un solo instante en el que no sostuvieran mis manos un libro. Muchos de ellos los conservo todavía. Sí, soy bastante dada a guardar. Intento sin éxito evitarlo, ¡qué le voy a hacer!, y sería incapaz de desprenderme de ellos; forman una especie de árbol genealógico literario al que miro con ternura y agradecimiento. Una suerte de álbum de fotografías de personas queridas siempre presentes en el rastro que marcaron en mi sentimiento.

En los estantes de casa continúan alineados desde los tomos de películas de Disney, cuentos tradicionales españoles y de otros países, de hadas y fantasía, así como las fábulas de Félix de Samaniego (1745/1801) y de Esopo (fallecimiento 564 a. C.).

A propósito de este último autor, sus quince fábulas siguen estando presentes en la sección de literatura infantil de numerosos establecimientos, reeditadas ininterrumpidamente siglos y siglos después. ¡Cuánto me han divertido y me han hecho reflexionar los diálogos entre animales y la moraleja que desprenden, al reconocer caracteres y situaciones genuinamente humanas entre sus historias!

¡Pues sí! Puede ser raro, lo admito, pero ¿no puede una niña de seis años reflexionar? ¿Acaso no es más extraño si cabe, que un adulto que camine ya por la cincuenta no haya cultivado la reflexión y el juicio crítico a su edad? Y el caso es que por desgracia la inmadurez emocional vitalicia abunda...

Mafalda (inconmensurable Quino, 1932/2020) ya nos advierte que cuando se trata de demostrar que no existe dificultad en la realización de una actividad cualquiera se suele añadir: «Hasta un niño sería capaz de hacerlo»; parafraseando al genio, hasta un adulto sería capaz de discurrir teniendo como base la elemental lógica y el poco abundante sentido común.

Las fábulas, desde mi punto de vista, van más dirigidas a un público no tan infantil. Algo similar a lo que suele suceder con ciertos comics o viñetas cómicas cuyo jugo aleccionador se exprime hasta la última gota si se camina con los bolsillos más cargados por las piedrecitas acumuladas durante el deambular vital y personal.

Las mismas historietas de Mafalda no son comprensibles a una edad temprana. Su carga irónica y satírica y